

**1ª pregunta: ¿Qué lectura hacéis de la crisis ecosocial? ¿Cuál es vuestro diagnóstico? Y ¿cuáles son los elementos en los que hay que incidir?**

Emilio Santiago: Antes de empezar, "eskerrik asko" por la invitación. Siempre que vengo a Bilbo -lo digo- me dan ganas de vivir aquí. En parte, puede ser la idealización generada desde la distancia.

Lo primero que me gustaría destacar antes de responder la pregunta es que creo que el título del debate expone una premisa que considero incorrecta, y es la oposición de los dos términos, este "versus". La postura que voy a defender aquí se podría resumir transformando la pregunta en una respuesta provocativa: "Para el ecosocialismo, Green New Deal". Dicho de un modo más preciso, considero que, para que el ecosocialismo alguna vez deje de ser un producto de literatura especulativa en libros, revistas, seminarios y un activismo que está bastante encerrado en sus guetos políticos, a mí al menos no se me ha ocurrido una estrategia mejor que **disputar en términos ecosocialistas la idea de Green New Deal**. Es decir, me parece que el Green New Deal supone una oportunidad, un punto de fuga, para que el ecosocialismo pueda escapar a uno de los peores males de la izquierda radical y anticapitalista, que a veces llamo con cierto humor madrileño, y perdonenme por ello, un cierto lavapiéscentrismo. Sabéis que Lavapiés es el barrio de Madrid donde se concentra una gran parte de los colectivos antisistema, por supuesto con muchas otras experiencias. Me imagino que es inevitable en esta época tan fragmentada, que confundamos los guetos con el conjunto de la sociedad, y creamos que nuestros espacios son la medida sociológica de todas las cosas, que la sociedad que tenemos que transformar se parece a nuestros guetos políticos, cuando la realidad es radicalmente distinta.

Hecha esta puntualización sobre el diagnóstico no me extenderé en torno a la extrema gravedad de la emergencia climática en particular y de la crisis ecológica en general, pues, un auditorio como éste supongo que todo el mundo la conoce. Sólo quiero incidir con dos ideas al respecto.

Esto no es un asunto más. Es aquello que hace que **nuestra época no se parezca absolutamente a ninguna otra**. Vivimos en un mundo ecológicamente lleno, un mundo ecológicamente saturado, lo que es algo históricamente inédito y que lo cambia absolutamente todo. Ningún ser humano ha respirado antes una concentración de CO<sub>2</sub> como la que tenemos ahora, ninguno. Es decir, somos literalmente cobayas de un experimento fuera de control. Sin un cambio absolutamente drástico es absolutamente cierto que, lo que conocemos como normalidad, se va a venir abajo.

Dicho esto, por tanto, la primera idea fuerza que quiero remarcar me parece que es obvia: **la crisis ecológica no es una amenaza hipotética al futuro de nuestras nietas o nuestros nietos**. Han pasado sesenta años desde la publicación de un libro singular, "Primavera silenciosa", cincuenta años desde la publicación del informe de "Los Límites del crecimiento" por el Club de Roma. Nosotros somos esos nietos.

Evidentemente hablamos de la emergencia respecto al clima, pero reflexiones de una urgencia parecida se podrían hacer alrededor de la destrucción de la biodiversidad, de la pérdida de suelo fértil, de los rendimientos decrecientes de la extracción de recursos

energéticos y recursos minerales, etcétera. Cada una de las noticias que hoy conforman esos *collages* terroríficos que son los periódicos o los telediarios, nos remiten en última instancia al efecto acumulado de **un sistema socioeconómico que lleva más de cuarenta años viviendo por encima de nuestras posibilidades biosféricas**. Aunque es evidente que este festín se ha repartido de modo extremadamente desigual. Corolario: **Cualquier viso**, no ya de emancipación social -si queremos seguir siendo fieles a la promesa de la emancipación social, y yo quiero seguir siendo fiel a la promesa de la emancipación social-, sino simplemente **de viabilidad social en el siglo XXI**, y esto parte de ese cambio que tenemos que hacer, **pasa por una transformación sistémica de enormes proporciones**.

Pero ojo, estoy convencido de que esa transformación sistémica no la podemos pensar ya desde los parámetros de la izquierda convencional, en la medida en que esos parámetros han sido hijos intelectuales, hijos teóricos, de un mundo radicalmente distinto al presente, pues se situaban en un mundo vacío, con una sobreabundancia energética y material que no va a volver.

En suma, cuando nuestro modelo socioeconómico se ha situado más allá de los límites planetarios creo que **lo ecológico deja de ser un tema entre otros para convertirse en un asunto absolutamente central**. En tanto que la base material de reproducción de las sociedades industriales está profundamente comprometida, cualquier fuerza política transformadora en el siglo XXI tiene que hacer una operación que desplace lo ecológico de lo sectorial a lo estratégico. Y debe hacerlo con un convencimiento de la jerarquía de la urgencia que voy a plantear ahora. Quizás es polémico, pero me parece que es interesante. **Las conquistas políticas, sociales o de género se pueden perder, pero se pueden volver a ganar en los ciclos de lucha. En cambio, las derrotas ecológicas son irreversibles**; es decir -y específico-, si la temperatura mundial aumenta cinco grados de aquí a finales de siglo, dará igual todo lo demás, porque la aventura humana se habrá acabado. Estamos gestionando un concepto que nos sitúa a una escala moral radicalmente distinta, que es el de la extinción.

Dicho esto, la segunda idea fuerza que quiero exponer en el diagnóstico es que **la transición ecológica es fundamentalmente una batalla política**. También es muy obvio mencionar esto en un espacio como éste. ¿Qué quiero decir? No podemos entender la transición ecológica como una mera operación de sustitución de tecnologías. Va a ser necesario organizar la economía de otro modo, reordenar el territorio, blindar derechos, establecer deberes, cuestionar privilegios, repartir esfuerzos; evidentemente es una batalla política. Dicho esto, **¿dónde debemos incidir como batalla política?** Aquí es donde me parece que podemos entrar en algunos puntos de fricción. Lanzo algunas pistas a modo de titular para agilizar el debate.

En primer lugar, **la transición ecológica no está asegurada**, no es un destino. Creo que esta es una cuestión clave, y creo que marca algunas diferencias. A veces desde nuestros espacios se habla mucho de los riesgos del capitalismo verde, dando por hecho que éste va a suceder, cuando no es así. Trump y Bolsonaro ejemplifican otro modelo, representan otra estrategia política, aquélla que va a buscar instaurar el negacionismo climático para apurar al máximo la era de los combustibles fósiles hasta

las mismísimas heces y gestionar mediante el apartheid climático, valiéndose de la violencia fascista, la externalización de los daños. Esta gente ya es poder en alguna de las naciones más importantes del mundo.

Por situar este debate, que yo creo que es la primera cuestión básica, el capitalismo verde no está asegurado. En la última COP, se firmó el acuerdo de San José, esto es, un acuerdo, básicamente, para que el mercado de emisiones de carbono no haga trampas contables. Aquí sabemos que el mercado de carbono es parte del problema, no parte de la solución. Pues bien, fijaros qué mal estamos que, un acuerdo para que un mercado de carbono no haga trampas contables, sólo contó con la firma de treinta países. Es verdad que algunos de ellos de cierto peso en la economía mundial, pero que supone la suma de sólo quinientos millones de personas de un total de siete mil setecientos cincuenta millones. Esta es circunstancia de nuestra situación política. O, por poner otro ejemplo, ayer leí en el periódico una de esas noticias que parecen sacadas de "El Mundo Today" que decía: "Trump se enfrenta a los lavavajillas". Esto es una serie de cuestiones discursivas que Trump está utilizando en sus intervenciones públicas, diciendo que los lavavajillas nuevos casi no usan agua. Lo que nos parece una estupidez es una herramienta política discursiva para introducir cambios que permitan desregular la eficiencia energética de los electrodomésticos. Es decir, algo que parece tan obvio como la eficiencia energética, también está cuestionada por esta gente. Por tanto, la primera cuestión política es que "esto no está asegurado".

Segunda cuestión: Sin duda, **tampoco está asegurado que se haga con justicia social**. El reto es que en aquellos países donde se emprenda la transición, ésta no deje a gente a un lado, a gente atrás; por supuesto en el plano interno y, de modo mucho más obvio, en el plano de las relaciones internacionales. Es evidente que la transición ecológica va a generar intereses enfrentados, que son difícilmente resolubles; va a generar la pérdida de puestos de trabajo, se van a arruinar industrias, habrá comarcas enteras que se descolgarán. **No está asegurado que se haga con igualdad de género**. Los propios cambios técnicos tienen implicaciones políticas de primer nivel. Pensemos en el cambio del sistema de transporte, que es el talón de Aquiles en nuestro sistema metabólico. Y tenemos que avanzar en principios de inspiración política que son radicalmente distintos al *status quo* imperante, como la noción de la prohibición (tenemos que prohibir muchas cosas), la planificación, etc.

Y tenemos que enfrentar trampas estructurales que, de algún modo, marcan profundamente nuestro esquema civilizatorio. Y aquí entronco la cuestión, que supongo que saldrá en el debate, del capitalismo: que capitalismo y sostenibilidad son entidades incompatibles. Creo que en un espacio y un foro como éste es algo que no requiere demasiada discusión, es evidente. Y lo es en la medida que el capitalismo es estructuralmente expansivo y va a chocar con una biosfera finita, ya está chocando con una biosfera finita. Por tanto, **la sostenibilidad es inseparable de un paradigma poscrecimiento** -podríamos llamarlo así, de alguna manera- **que tenemos que construir**. Yo creo que aquí lo interesante no es preguntarnos por el por qué hacemos esto, por qué nos queremos suicidar, qué es lo que hay que hacer para transitar a una

sociedad poscapitalista. Lo interesante es el cómo, **la pregunta del cómo es fundamental.**

Y este cómo lo tenemos que responder teniendo en cuenta las siguientes cuestiones. La primera, **no tenemos ni idea de que es el poscapitalismo**, y menos un poscapitalismo **que no necesite crecer para funcionar.**

Se hablará de decrecimiento en esta sala. El decrecimiento es una idea profundamente inspiradora en el plano ético, en el plano teórico, pero todavía muy inmadura, incluso a la hora de ser experimentada en políticas públicas concretas. Esto es, en políticas públicas que no dependan de una suerte de varita mágica revolucionaria que nos permita trabajar con la sociedad como si fuera un folio en blanco, sino articularla en -digamos- los marcos democráticos realmente existentes, los juegos políticos realmente existentes. Es decir, un decrecimiento que te permita ganar elecciones, conservar gobiernos y actuar en un juego en el que se te van a exigir resultados rápidos, vas a tener fricciones y todos tus errores van a ser aprovechados por tus enemigos.

En segundo lugar, **nuestro poscapitalismo no puede ser ajeno a las amargas lecciones del fracaso del socialismo del siglo XX.** Todos los tramos del conocimiento doloroso que poseemos desde el fracaso, desde 1848 hasta ahora, tenemos que asumirlos de algún modo. Tenemos que admitir que nuestro punto de partida es una derrota, que no es sólo política, que no sólo es económica, sino que es fundamentalmente antropológica. El neoliberalismo ha tenido un efecto de modificación de nuestros patrones de subjetividad muy importantes.

Y por último, **no sólo existen los límites biofísicos**, que a los ecologistas nos encanta mencionarlos, **nos enfrentamos también a límites antropológicos.** Por tanto, en las próximas décadas no podemos esperar del ser humano milagros de nuevo cuño que, de algún modo, no hayan demostrado su potencialidad política en la historia reciente. Van a pasar cosas parecidas a las que ya han pasado. Esto puede sonar muy pesimista, pero creo que tenemos que trabajar políticamente sobre regularidades sociológicas, no sobre excepciones. Si las excepciones, las sorpresas, vienen, bienvenidas sean.

## **2ª pregunta: Ante esta situación, ¿cuál es vuestra propuesta?**

Emilio Santiago: Primero voy a hacer una reivindicación de las propuestas, en plural, por varias cuestiones; porque creo que un movimiento de transformación, cuanto más diverso sea, es más sano, es más resiliente, y porque esto conecta con algo que en parte responde a Juanjo. Nuestras sociedades son extremadamente complejas, extremadamente plurales, muy ambivalentes en muchos de sus procesos. Necesitamos experimentar formas muy distintas de transformación. Mi apuesta personal es que, si lo hacemos relativamente bien, cabe esperar de la próxima década -y ojalá sea antes, en el próximo lustro-, unas sociedades que van a impulsar un cambio sociopolítico alrededor de la idea de transición ecológica socialmente justa, que tendrá muchas expresiones.

Estas expresiones serán múltiples y heterogéneas también, pero básicamente organizadas en dos frentes.

Por un lado, un ciclo de gobernanza posneoliberal que sea largo y que a través de la idea del Green New Deal emprenda, en primer lugar, una serie de reformas que no van a solucionar la cuestión de lo ecológico, pero van a sentar las bases para evitar los peores escenarios posibles. Además, esto se tiene que dar en, al menos, algunas cuantas naciones de peso en la economía global. Al mismo tiempo que se cambian los patrones de redistribución de riqueza, para cerrar la herida de la desigualdad social por la que nos estamos desangrando en la última década.

Y esto lo tienen que hacer -es importante- ganando al populismo, ganando para el lado verde el momento Polanyi<sup>1</sup> que tenemos en este momento en disputa. No hay que olvidar que el populismo juega con todas las ventajas y todas las inercias antropológicas a su favor. Esto parece poca cosa, pero no es moco de pavo.

En paralelo o bordeando esto, necesitamos también movimientos sociales potentes. No voy a decir que desborden, porque me parece que la esta palabra tiene ciertos componentes que no me gustan, pero sí que envuelva a esta actividad institucional y que tienen una labor fundamental que hacer. Pienso en los movimientos sociales en un sentido clásico, en el esquema de movilización-denuncia, en el trabajo territorial de base. Pero también estoy pensando en la acción de una sociedad civil que es quizás menos orgánica. A nivel político es más implícita, más difusa, pero es fundamental que tenga que ver con la generación de productos culturales, de imaginarios y emprendimientos económicos distintos. Nos hace falta ese tipo de cosas. Si se pierde demasiado tiempo en asambleas, restan más que suman, por decirlo de modo rápido.

En fin, en un espacio como éste supongo que la cuestión de los movimientos es obvia. Todo el mundo puede compartir que nos hacen falta estos movimientos. Pero quiero incidir un poco más en el tema de la propuesta del Green New Deal y del papel de lo institucional. En la propuesta del Green New Deal hay dos pilares básicos que ya conocemos. El primero, una modernización ecológica de la economía que tiene la transición energética a su centro, aunque no sólo el Green New Deal que disputamos nosotros no es un Green New Deal de *smartcity*, de coche eléctrico, es un Green New Deal donde la agroecología tiene un papel fundamental, la reforestación y la creación de bosque tienen un papel fundamental, donde los cuidados tienen un papel fundamental y donde, de algún modo, la economía circular es un elemento clave que puede permitir solventar una de las críticas más potentes que se le hace al Green New Deal, y es lo que éste puede tener de barra libre de extractivismo mineral si no se le pone coto a los límites del crecimiento. Esto es verdad, esta es una crítica real que se le hace, pero cuando uno amplía el margen de la mirada se da cuenta de que hay ciertos márgenes de maniobra. Y os pongo un ejemplo concreto. La economía circular de minerales en nuestro país está en pañales. Sólo se recuperan, y con tasas de reciclaje muy bajas, cobre, hierro, aluminio, plomo y algunos metales preciosos. En Europa sólo hay una planta UHT de Umicore en Bélgica que es capaz de reciclar metales que son fundamentales para las energías renovables; por ejemplo, litio, cobalto, tierras raras,

---

<sup>1</sup> es decir, de la reacción de la sociedad y el Estado frente al creciente control de un mercado "autorregulado" dirigido por los oligopolios transnacionales capitalistas.

indio o galio. ¿Qué cabe esperar de un Green New Deal? Pues cabe esperar una intervención pública que sea capaz de generar una de estas plantas que nos permita dar un salto de escala en el reciclaje de minerales, que permita que el choque con los límites que tienen las energías renovables -y que los tienen yo no lo niego- se dé más tarde, nos dé más margen de maniobra para la construcción de un proyecto político que no sea demasiado ajeno. Porque es políticamente muy complicado, si tenemos en cuenta las lógicas de vida en las que estamos insertos. Éstas van a cambiar sí o sí, pero si queremos transformar demasiado rápido, es muy fácil que quienes se oponen estén dispuestos a matar para que no las cambiemos, y que, finalmente, nos ganen la partida.

Además, también quisiera problematizar algo que creo que está volviendo a surgir, que definiría como cierta tentación de la contracumbre, por llamarlo de algún modo. En la COP25 ya lo hemos visto con el movimiento antiglobalización; es como si nos diera igual que lo que pasase en la zona azul de la cúpula de la COP; nos da igual, porque tenemos la contracumbre, que está muy bien, es muy magmática y repleta de muchas ideas, y se tiene la sensación de que los movimientos como que molamos mucho y que podemos sacar un poco de ese lavapiesscentrismo. Yo creo que esto es tremendamente peligroso. En primer lugar, porque la barrera entre la zona azul y la zona de la contracumbre es falsa. Tenemos los gobiernos que nuestras sociedades civiles permiten, ni más ni menos. Y en segundo lugar, porque creo que, aunque es fundamental el trabajo de los movimientos, es absolutamente utópico pensar que la transición ecológica se puede dar sin una política pública. Por tanto, tenemos también que intervenir en el ámbito institucional.

Y acabo con una reflexión en torno a algunas tareas pendientes en este sentido. A veces en estos dos campos de acción necesitamos hacer esencialmente tres cosas: una hegemonización ecológica del sentido común, mostrar pericia con los diversos actores que tienen que implementar todo este proceso y necesitamos también desatar un bucle de retroalimentación positiva de victorias. Empiezo por el final. Victorias llaman a victorias, y para ir gestando una mayoría social nueva capaz de impulsar todo este proceso de transición ecológica, más en un contexto neoliberal que de algún modo ha consolidado una idea antipolítica muy fuerte y un descreimiento muy fuerte de la capacidad de cambiar las cosas, necesitamos localizar victorias relativamente sencillas que nos puedan permitir después ir a por más victorias. Me parece que estas victorias pequeñas, aunque sean con concesiones, aunque sean frágiles, son mucho más importantes que grandes relatos sobre cambios que se postergan siempre. Por tanto, la primera tarea -repito- es desatar un bucle de retroalimentación positiva de victorias. Segunda tarea en cuanto a la pericia de los actores por el lado institucional. Creo que en los últimos seis años -aquí hablo desde la perspectiva de Madrid, pues en Euskal Herria tenéis otra experiencia-, hemos dado un salto interesante, es decir, el tema institucional se ha abierto. Prueba de ello es que tenemos un gobierno de coalición que despertará más o menos esperanzas. Pero resultaba impensable hace diez años, aunque convendría reflexionar porqué lo tenemos con la mitad de fuerza electoral que la que teníamos hace cuatro años. Ese debate estará ahí. Todos los actores que hemos

participado en ello tendremos que hacer autocrítica. En cuanto a los movimientos, que están haciendo cosas súper importantes, cosas bonitas, sería interesante que eliminasen ese punto ciego que, por algún tipo de razón, nos hace pensar que el Estado no importa. Pero el Estado sí importa.

Y en cuanto a hegemonizar el sentido común en clave ecologista -y con esto también respondo un poco a la crítica que me hacía Juanjo-, creo que es fundamental que localicemos ideas, que ya están en el sentido común. Esas ideas tienen que funcionar como un compás; esto es, hoy una parte de esas ideas de sentido común tienen que estar ancladas en lo que hay, no pueden sonar demasiado marcianas. Un cambio político no puede ir más rápido que su país, y tenemos los países que tenemos en un estado como el español. Sin embargo, estas ideas, al mismo tiempo, tienen que ser capaces de abrir el campo de lo políticamente posible hacia otras cosas. La buena noticia es que tenemos un montón de estas ideas ya circulando en nuestros sentidos comunes compartidos, y ahora toca trabajarlas para realizarlas para desde ellas poder permitir este cambio político. Puedo mencionar algunas de ellas de modo muy rápido luego, en la siguiente pregunta, si me da tiempo. Me refiero, por ejemplo, a la cuestión del empleo verde, que es fundamental en sociedades tan empleocéntricas como ésta. Todos los estudios vienen a decir que un Green New Deal bien hecho no sólo puede absorber los empleos que se pierdan, sino que puede generar, además, entre medio millón y un millón de empleos en un estado como el español. Eso es una idea profundamente ganadora. Asimismo, es una idea profundamente ganadora la cuestión de la salud. Es evidente que el neoliberalismo la ha construido de modo muy problemático; por eso, trabajar sobre la salud juega a nuestro favor: ahí están las cifras de muertes prematuras por contaminación que existe en nuestro país. Creo que es una idea ganadora hablar de estos temas. Ya tenemos la explosión de la conciencia climática global, como también ha descrito Juanjo, aunque yo sería un poco más moderado respecto a las expectativas de lo que en torno a ese movimiento se está construyendo, porque creo que no va a dejar de repetir la pauta sociológica que los movimientos sociales tienen en este país desde hace 40 años; y la pauta sociológica de los movimientos sociales son explosiones de movilización que, en el mejor de los casos, transforman el sentido común, pero que no constituyen estructuras organizativas sólidas. Y todos los estudios sobre los movimientos sociales confirman que una buena parte funcionan así. Podemos ir, si se quiere después, a los datos concretos del informe FOESSA o a cualquier fuente estadística al respecto, pero me parece que no va a ser distinto. En fin, está muy bien haber sacado en Madrid -según hemos dicho- a medio millón de personas a la calle, aunque seguramente seríamos algunos menos, pero, a lo mejor, no se le puede pedir más. Esto tiene que ver con la tarea de los movimientos, y con esto termino. Creo que los movimientos el noventa por ciento de su tiempo son los laboratorios de la guerra cultural, donde se generan las ideas nuevas, los imaginarios, las nuevas prácticas. Nuestros movimientos son creativos, y me parece que es su aporte fundamental. Después, cinco veces cada siglo, más o menos, es como una gota fría que lo desborda todo y que es capaz de cambiar los cauces del sentido común. Es interesante entender que esta es la lógica; pero, cuando se le quiere pedir a los

movimientos más, me parece que en buena parte desgastamos su potencial transformador en una especie de autoorganización de lo excepcional que siempre ha sido, es y será excepcional, que es la movilización, el sentido del desborde ciudadano. El movimiento más bien es el laboratorio, tremendamente valioso porque las políticas públicas no son creativas. Las políticas públicas como mucho, si se hacen bien, son efectivas, pero creatividad en las políticas públicas no hay. Eso tiene que venir de otro lado y ese otro lado está en la actividad de los movimientos.

### **3ª pregunta: Y entonces ¿mañana qué? ¿Qué hacemos desde la ciudadanía, desde los movimientos sociales? ¿Qué está en nuestras manos?**

Emilio Santiago: Voy a empezar intentando contestar un poco algunas cuestiones que he planteado Juanjo. Así, también vamos deshojando el terreno del debate posterior. Traigo aquí una cita concreta: "España es un país muy movilizado, con unos movimientos sociales relativamente débiles y la movilización puntual no cristaliza en formas de organización estables y duraderas". La frase es de Rendueles, que no creo que sospeches de él. En mi opinión este patrón sociológico es real. Nos guste o no, lo que va a decir ahora -advierto de antemano- no me gusta, no me hace especialmente feliz. Mi primera socialización política fue en el anarquismo durante muchos años, aunque ahora no soy anarquista. Aprendí lo suficiente para saber, primero, que el Estado nunca puede ser de todos. Y, en segundo lugar, que la política institucional siempre tiene un elemento éticamente oscuro que tiene que ver con la escala material de sus operaciones. Pero también creo, por lo que dije en mi primera respuesta, que lo que a mí me haga feliz, que lo que os haga feliz a vosotros, da relativamente igual; salvarnos de la extinción no va de hacernos sentir políticamente cómodos, va de hacer lo que creamos que se tiene que hacer.

Por otro lado, tengo algunos datos para hacer una radiografía de la capacidad de los movimientos, porque intuía que iba a ser también un elemento potente de debate. Por decir dos o tres cosas. Los días perdidos por huelga en 2016 llegaron a su nivel más bajo desde que hay serie histórica. El informe FOESSA, que es una de las pocas fuentes que tenemos de sociología sobre los movimientos, nos habla de que sólo un 29 por ciento de la población participa en algún tipo de asociacionismo formal, que resulta ser mayoritariamente deportivo y religioso, siendo el asociacionismo que tiene que ver con movimientos cívico-políticos muy minoritario, en ningún caso superior al 10 por ciento de la población. España, a pesar de ser un país muy movilizado, en 2013, cuando todavía estábamos en el ciclo cálido, menos del 25 por ciento de la población había participado en una manifestación en los dos años anteriores. Y por no hablar del nivel de participación en los sindicatos, que también es tremendamente bajo. Estoy contigo en que es fundamental un sindicalismo verde. Por ejemplo, si miramos los empleos perdidos con la reconversión del carbón, y los comparamos con los empleos perdidos en el recorte a las renovables del impuesto al sol, estos últimos multiplican por diez los empleos perdidos en el carbón. ¿Cuál es la diferencia? Que en el carbón el movimiento sindical ha sido capaz de escalar su problema laboral a conflicto político.



Por tanto, en la medida en que el sindicalismo verde avance, la transición va a ser más fácil. Eso te lo compro absolutamente.

Después tengo otro dato que me parece interesante. Pero no quiero que se me entienda como una crítica a los movimientos. Insisto en que el papel de los movimientos es fundamental e irremplazable. Sólo por situar cuál debe ser la estrategia en la que se centra cada uno de los actores. Si pensamos en la PAH -no se me ocurre un movimiento social mejor que se haya dado en este país en los últimos diez años-, según sus propios datos, la PAH ha logrado parar 5.000 desahucios. Los últimos datos publicados en la página web indican que el número de desahucios en la última década está en 600.000. Una regla de tres resulta a menos de un 1 por ciento de los desahucios. ¿Qué hizo la PAH? Es fundamental, transformar el sentido común. La mejor estructura territorial que tenemos, con una implicación capaz de hacer algo tan maravilloso como parar un desahucio. Y en diez años ha conseguido lo que para mí es una victoria, que es transformar el sentido común. ¿Ahora qué? Ahora seguramente toque consolidar ese sentido común en una propuesta a nivel legislativo, que podemos esperar o no que este gobierno haga o que esté la altura de las circunstancias. Pero creo que esta dialéctica no se me ocurre en este nivel de desarticulación antropológica hecha por el neoliberalismo en este nivel de fragmentación social; pensemos, además, en este nivel de precariedad, de aceleración de los tiempos y de dificultades materiales para la militancia. ¿Quién se puede permitir militar? El análisis de corte materialista hay que aplicarlo también a los movimientos sociales. O sea, las circunstancias de la militancia hoy en este clima antropológico, en este nivel de precariedad económica soplan muy en contra, especialmente en contra. Por tanto, apuesto por esta dialéctica de movimientos que transforman el sentido común y las políticas públicas que lo consolidan. No se me ocurre que la transición se pueda dar de otra forma.

Veamos entonces algunas de las tareas que hacer en el ámbito institucional. Yo creo que lo importante, antes de todo, es que nos atrevamos a pensar que podemos ganar. Esto nos cuesta mucho, después de la derrota histórica que hemos sufrido, pero quiero lanzar un toque optimista. Un economista como Hayek, que en 1969 era un absoluto desconocido, en diez años se convirtió en un gurú que había transformado la economía mundial. Igualmente, yo no renuncio a que algo así pueda pasar con Georgescu-Roegen o con Yayo Herrero; es un poco utópico, pero no renuncio a ello. Planteo otra cuestión: creo que es fundamental tener que dedicar algunos de nuestros mejores cuadros al trabajo institucional, si queremos que la transición ecológica sea socialmente justa. Esto es clave, y me remito a Rendueles en un twit que hizo hace poco que me hizo gracia. Él decía que cuando un estudiante joven con inquietudes de izquierda le preguntaba qué podía hacer por la revolución, él le contestaba del modo provocador que le suele caracterizar diciendo hazte abogado del Estado. Me parece que tiene toda la razón en el sentido de que -a lo mejor en Euskal Herria es distinto-, tenemos una experiencia de gestión municipal muy larga, pero cuando nosotros milagrosamente tocamos poder, nuestra tasa de retorno institucional, es ridícula. Entre otras cosas porque no tenemos ni idea de cómo funciona la institución oficial, menos la institución profunda, que es mucho más importante que el sistema oficial. Por tanto,

creo que una parte, al menos de nuestros espacios, deberían hacer el trabajo de tomarse en serio el nivel institucional para poder hacer buena gestión y ser elemento de gobierno. Dicho esto, por el lado de los movimientos tengo poco que añadir a lo que ya he comentado antes; pero sí que quiero insistir en la importancia de toda esa dimensión que se escapa un poco al esquema clásico de MOVILIZACIÓN - DENUNCIA - AUTOORGANIZACIÓN, y que tiene que ver eso con la creación de productos culturales. Por ejemplo, nos hacen falta muchas series, pelis, canciones, videojuegos. Y ojo, esto puede ser polémico. Cuanto más *mainstream*, cuanto más comercial sea, mejor. Es decir, es mucho más importante un ensayo cutre que se compra en el Carrefour, de esos que se venden a montones, que el premio de ensayo Catarata, que nos gusta mucho -yo lo recibí-, pero que lo han leído 1 500 personas. Es mucho más importante ser capaz de escribir un *best seller* que el último giro de la teoría ecosocialista. Es fundamental hacer trabajo teórico sólido. Nos falta mucho trabajo, tenemos mucha falta de I+D+i en renovables que no exijan minerales escasos, pero igualmente nos hace falta I+D+i en investigación sociológica sobre decrecimiento aplicada a las políticas públicas. El decrecimiento es una idea que está ahí, pero ni Dios sabe cómo transformar las políticas públicas concretas. Necesitamos think tanks, grupos de presión, grupos de influencia. Tenemos que tomar muy en serio la cuestión de los medios de comunicación. Es absolutamente loable autoorganizar nuestros propios medios de comunicación, pero es mucho más importante disputar la batalla política en los medios de comunicación establecidos. Por tanto, necesitamos tertulianas, tertulianos, *youtubers*, *influencers*, *instagramers*, todas esas cosas que ni comprendo porque soy un neandertal, pero que están ahí y que supongo que son importantes en la construcción de nuestros imaginarios políticos. Y necesitamos espacios de articulación comunitaria -yo participo en algunos desde hace más de doce años- que no sean marcianos. Se trata de que, en estas dinámicas tremendamente complejas de socialización neoliberal, puedan realmente funcionar como semillas que reviertan esta tendencia que existe. A mí no me gusta, pero la constato como un hecho antropológico. Por lo tanto, necesitamos construir espacios de encuentro donde la gente se sienta estimulada a encontrarse, participar y hacer esas comunidades que el neoliberalismo está triturando. Lo que pasa es que esto es tremendamente complicado, precisamente por la propia victoria neoliberal. Es un pez que se muerde la cola. Insisto en ello: me parece que Netflix es un símbolo de esto que planteo. ¿Qué sentido tiene hacer un vídeo fórum, que es como el recurso clásico de los espacios, de los ateneos, de los movimientos sociales, cuando tenemos Netflix? ¿Quién va a bajar al vídeo fórum, más que los cuatro convertidos, cuando tienes Netflix en tu casa? Y Netflix es sólo la punta de la vanguardia de la transformación cultural que nos ha hecho polvo. Netflix entre otras miles de cosas. Sin embargo, yo sigo pensando que es fundamental dedicar horas, dedicar tiempo a la construcción de espacios de encuentro, de articulación comunitaria, que seguramente para ser útiles tendrán que tener un perfil ideológico relativamente bajo, donde lo principal sea el encuentro, la articulación de la comunidad; luego, la política ya vendrá. La política ya vendrá por los propios procesos de las dinámicas de conflicto, de lucha, etcétera.

Y también, por supuesto, necesitamos emprendimiento económico. De esta manera se pueden apreciar mejor las coordenadas de la economía social. Evidentemente nadie va a discutir eso, pero es claro que también es preciso un emprendimiento económico. Los sectores que la transición ecológica necesita ese tipo de cosas, que los movimientos sociales no saben hacer o no tienen la capacidad de generar matrices. Digamos que sería fundamental crear escuelas de negocio de la economía social, por decirlo de modo muy problemático. Hay mucha gente que intenta hacer proyectos de este tipo y que se ahoga, que se pierde, porque tampoco tenemos los mecanismos de reproducción de eso, con una cierta capacidad de éxito. Entonces, ¿qué cosas hacer? Infinitas, al gusto de cada cual.

Y lo último que quiero decir, que ya lo dije antes como muy de pasada, es que de todos estos trabajos, si yo tuviese que incidir en algo, elegiría la cuestión de cómo configurar una idea de deseo diferente. Me parece que nos jugamos la batalla política del siglo XXI, es decir, vamos hacia sociedades energética y materialmente más pobres, pero no tienen por qué ser sociedades peores en términos vitales. Una vida cotidiana que gravita alrededor del disfrute comunitario, de la creatividad, del deporte, de la sexualidad como algo lúdico, del amor, del disfrute de la naturaleza, no es una vida cotidiana que requiera de un gran equipamiento energético y material. Al contrario, seguramente el comportamiento bulímico de la sociedad de consumo deprime algunas de sus mejores posibilidades. Y creo que ahí tenemos un gran elemento para construir también un sentido común distinto, que tiene que ver con lo que Móstoles, de modo un poco friki, llamó lujosa pobreza, que es un oxímoron que sirve para explicar este tipo de cosas y que, además, las pocas veces que lo hemos ensayado resulta que tiene un recorrido popular interesante y nos damos cuenta de que hay una veta que podemos explotar. En este sentido, si yo tuviese que decidir ahora mismo dónde trabajar, entre las miles de cosas que se puedan hacer, elegiría trabajar en intentar generar tanto praxis como elementos discursivos que estimulen esta otra idea de felicidad que necesitamos.

**1ª Pregunta: ¿Qué lectura hacéis de la crisis ecosocial? ¿Cuál es vuestro diagnóstico? Y ¿cuáles son los elementos en los que hay que incidir?**

Juanjo Álvarez: En mi opinión, hay una cierta base de acuerdo en unos elementos comunes en que estamos básicamente de acuerdo Emilio y yo, y seguramente la mayor parte de vosotras; es decir, hay una crisis sistémica enorme que tiene dos puntas: el cambio climático y el agotamiento de los combustibles fósiles. Por ese lado, no hay desacuerdo, pero existe, además, una derivada social que es muy importante. Yo voy a intentar centrarme en ella. Antes de nada, quiero responder también a la previa de Emilio, porque yo creo que, además ahí se sitúa el grueso del debate, el núcleo de las cosas con las que yo polemizaría o criticaría de la propuesta de Green New Deal. En realidad, no hay sólo uno; no se debería plantear en términos de alternativa entre ecosocialismo o Green New Deal. Y justo Emilio cerraba hablando de una crisis que -creo- es más ecológica, que una crisis antropológica o sociológica, ideológica, profunda. El neoliberalismo ha funcionado alguna vez en otro espacio que compartíamos. Emilio plantea que ningún sistema cumple todos sus objetivos políticos, sociales, como si fuera una especie de recorrido de yincana en el que vas haciendo *check in*, y menos aún el neoliberalismo. Es cierto, esa 'banda', ha sido capaz de hacer *check in* prácticamente la totalidad de los cometidos políticos, ¿no? Esa es una derrota profunda; pero, precisamente porque esa es una derrota profunda, no puedes -yo creo que no se puede-. Quizás esto es más para el debate. No se puede plantear que el Green New Deal es meramente una estrategia con la cual tú puedes llegar a un escenario de transformación ecosocialista.

¿Por qué? Pues porque, coño, desde una base mínimamente sólida no puedes plantear que, una estrategia que apunta en una determinada dirección, asuma una serie de compromisos con la realidad tal cual existe y, en un hipotético momento, pegue un giro de guion. De repente, hay una sorpresa y un giro de guion. Eso no puede funcionar.

Eso es importante. Creo que la cuestión fundamental que hay que abordar en este primer punto sobre la lectura de la crisis es que hay toda una panoplia de pequeñas subcrisis, lo que Jorge Riechmann llamaba el mundo de las muchas crisis, que se puede interpretar, tanto en un sentido diacrónico como en un sentido simultáneo, sincrónico. Es decir, por una parte, lo que nos encontramos en el escenario en el que desgraciadamente estamos, un escenario de pesadilla con crisis consecutivas desde 2008, y en el que, probablemente -según se va apuntando-, vamos a tener nuevas crisis en 2020, 2021 o cuando sea, pues esta historia de ir anticipando las cosas es uno, de los grandes fracasos del ecologismo que, por algún motivo se empeña en ponerle fecha a cosas que van a suceder; y luego no suceden exactamente cuando tú lo has previsto, y acabas siempre pinchando. Pero sí parece evidente que vamos hacia otra crisis y que a esa segunda crisis, tras la de 2008, vamos a llegar con una realidad social mucho, mucho menos capaz de soportarla; es decir, que es una crisis que va cada vez más a hueso. Y, probablemente, si no se producen las transformaciones suficientes, vendrá una tercera crisis, etcétera. Vendrán crisis simultáneas. Las que estamos viendo ahora son puramente -por hacer esa abstracción para entendernos- crisis ecológicamente

simultáneas. Todo esto es historia de la sexta gran extinción. Es cierta y está ahí, pero es también la cuestión de la sequía, es también la cuestión de la producción agrícola... Es decir, son distintos elementos de una sola pata que tienen entidad suficiente como para ser preocupantes en sí mismos, que están a su vez conectados de tal manera que no son exclusivamente fenómenos individuales. No es una única crisis de biodiversidad, no es una única crisis de abastecimiento de agua, etcétera, sino que son múltiples crisis engarzadas. El elemento probablemente diferencial, lo que yo creo que marca la distinción, lo diferente respecto a otros 40, 50 y más años que llevamos desde los inicios del ecologismo, desde la primavera silenciosa, desde el informe de Roma, es que, por una vez, y esto es paradójico y bastante cruel, pero por una vez las mayorías sociales empiezan a ser conscientes. Hasta hace relativamente poco el ecologismo era una pequeña caricatura para adaptarla a tiempo. El ecologismo era una cuestión de minorías ilustradas, ecológicamente ilustradas, de grupos de activistas, de algunos pequeños microsectores de las organizaciones políticas. Ahora bromeamos hablando de ello, pero durante años no había sectores ecologistas en los partidos, no había grupos ni direcciones ecologistas en los partidos. Lo que había era algún ecologista perdido, porque bastaba con que una o dos personas del partido tuvieran un mínimo contacto; eso ya era suficiente.

Ahora mismo estamos en un escenario completamente diferente. Hace ya años que la cuestión del cambio climático se puede escuchar en el ascensor de casa. Eso es un salto diferencial, aunque sea muy anecdótico. Esta mañana abro el buzón de casa y mi querido banco, un banco de aquí, me pregunta: ¿Estás pensando en comprar un coche ECO? Bueno, la carta de amor del banco empieza a hablar de coches eco. Eso es significativo. Yo no creo que a la Kutxa, que es mi banco, le preocupe particularmente las emisiones de mi coche. Lo que le preocupa es cómo le venden a este señor un crédito. Si la Kutxa está intentando colocar por ahí los créditos es porque percibe cierto interés social en cuestiones de este tipo. Eso es para mí la cuestión clave en esta lectura de coyuntura. Estos son elementos centrales de la crisis ahora mismo. ¿Cuál es la diferencia? Qué hay un panorama social importante. Eso es lo que explica también la cuestión del movimiento, la cuestión de reclamaciones populares sobre este tipo de temas. Eso explica, por ejemplo, ahora que no nos oye nadie, que la manifestación de la Semana de la COP, de la Contracumbre, fuera muy mayoritaria cuando estaba horriblemente organizada. Horrible, horrible. Fue como una historia de Mamma Mia. Pero, un momento. ¿Pero cómo? ¿De verdad hemos cambiado ahora en este momento? Y fue, sin embargo, muy mayoritaria y muy masiva. ¿Y por qué? Con desafíos muy complicados, como se planteaba el movimiento juvenil un mes antes del 27-S. Tan sólo dos meses antes se planteaba como una movilización que superara el propio espacio juvenil, que empezara a ser un espacio que desbordase ese límite y que empezara a ser mayoritario. No se consiguió, y dos meses después, te encuentras con una cosa que te viene hecha desde arriba, y tú tienes que reaccionar como movimiento a un evento que ha organizado un gobierno en funciones, traerse la COP aquí, que te viene completamente a contrapelo al momento del salto. Sin embargo, lo que no había conseguido un mes antes, lo consigue después. ¿Por qué? Porque esto va para arriba.

Casi sólo a nivel de movilización, porque el conflicto está vivo y esa es la cuestión con la que tenemos que lidiar. Ese es el elemento clave -creo-, de esta crisis. Es un momento paradójico y muy cruel. ¿Por qué? Pues porque eso nos sitúa en un contexto en el que empezamos a sentir el daño. Esto es jodido de decir, pero lo cierto es que probablemente hay generaciones de ecologistas que lo que han hecho es adelantar una lucha importantísima, y que han abierto brechas por las que podemos ahora transitar. Pero lo cierto es que, hasta que el daño no se siente socialmente, no hay una movilización social. Nunca una sociedad se ha movido por cosas que podrían pasar, que va a ver el mundo de sus nietos. Nadie se articula socialmente y construye su proyecto político pensando en lo que pasará dentro de dos generaciones. Entonces, la ironía, la crueldad del momento, consiste en que tenemos que empezar a sentir que estamos con vida para activarnos. La realidad es que es un cierto espacio, una coyuntura en la que todavía es posible mitigar cierto volumen de daños. No creo que ese sea el elemento central de la crisis que nos sitúa en cosas que habría Emilio y que son importantes. Abre la posibilidad de cuestionar patrones del neoliberalismo que eran intocables hace diez años, y que es posible que podamos empezar a tocar, y que tenemos que empezar a tocar: hablemos de planificación, hablemos de redistribución y hablemos de acceso masivo a servicios públicos en términos gratuitos, y no ya de los de siempre, sino de una cartera mucho más amplia de servicios. Cosas de ese tipo son planteables en un escenario de coyuntura en que la gente tiene esa necesidad.

## **2ª pregunta: Ante esta situación, ¿cuál es vuestra propuesta?**

Juanjo Álvarez: Algunas cosas sí que voy a ir matizando, porque, empezando por el dibujo del movimiento social, que es un dibujo muy estereotipado de la historia de la COP, por ejemplo, Fridays For Future estuvo en la COP, Ecologistas en Acción estuvo con varias personas permanentemente en la COP oficial, aprovechando todos los momentos, y también estuvo en la Contracumbre y había una presencia de ida y vuelta. Plantearse una actitud de aislamiento habría sido como no haber pasado por allí. Eso no funciona así en ningún momento, en ningún momento. Es más, te diré que viejos ecologistas, muy ortodoxos, estaban en la queja de que estos nuevos movimientos, en cuanto les dejas, allá van a la parte oficial. Claro que van a la parte oficial, están en la parte oficial. Hay que tocar y hay que presionar. Es preciso estar en los dos lados. Eso no quita que tú construyas esa parte de contracumbre de la Cumbre Social, que funcionó bastante bien, pero ahí siempre hay una dinámica. Yo creo que esa dinámica de propuesta y contrapropuesta y de generar tensión es muy importante.

Por otra parte, es verdad que las oleadas generan mucho más propuesta ideológica, por así decirlo, que cuando funcionan bien. Primero, pueden tocar el sentido común social dominante, y sólo después algo organizativo. Creo que en el período reciente entre la capacidad organizativa del movimiento social y la de los partidos, los movimientos nos dan sopas con honda, sin discusión. Y eso que tú estás en uno y yo en otro. Podemos discutirlo, lo voy a poner con claridad. Ni tú ni yo estamos en Podemos ahora mismo. No ha armado Podemos una estructura organizativa por abajo que se parezca a nada, a nada. Está vacío, es un cascarón. ¡Coño! Entonces acusar o -digamos- plantear la debilidad de los

movimientos que se están montando, basándose en una supuesta incapacidad organizativa que no es capaz de asegurar ni el agente político institucional con recursos detrás más potente del momento de la izquierda. Bueno, de esa esfera que generalmente se conoce como izquierda. Pues claro. A ver, ¿FFF realmente está en pañales? Hombre, no sé. Depende de con qué lo compares. En esta parte de la discusión, si quieren entrar, porque quiero señalar que a veces las propuestas políticas deben tener como objetivo alimentar los movimientos sociales. Esto quiere decir fundamentalmente meter gente y manos, y entrar en los movimientos currando, a currar desde los principios ideológicos de la postura política que tienes, pero no desde un elemento partidario. De entrar y currar en Ecologistas, entrar y currar en FFF, en Trabajadoras por el Clima, en Móstoles en Transición..., en cada espacio y currar y alimentar eso. Porque, además, creo que en esta coyuntura las organizaciones políticas como tal van a ser bastante volubles y efímeras. Van a aparecer y desaparecer. Van a transformarse de manera relativamente rápida, porque la coyuntura da muy poco juego a la estabilidad de la representación, y pienso que el gobierno que tenemos ahora mismo tiene mucho más que ver con eso que con una articulación de fuerza social de la izquierda. No quiero ser aguafiestas, pero no creo que este gobierno esté mucho, mucho más a la izquierda de lo que pudo ser el primer gobierno Zapatero. ¡Desgraciadamente! ¿Qué es lo que pasa? Que hay una gran volatilidad de las organizaciones políticas.

Ha surgido Podemos, ha ganado una fuerza electoral muy grande; agrupaba una serie de sectores, sectores que se caen, pierde un poco. Sánchez que estaba en la mierda, luego vuelve, luego... Esa volatilidad probablemente ha venido para acompañarnos una buena temporada. Los movimientos, aunque también están afectados por esa volatilidad, están en auge e históricamente han sido capaces de tener un cierto espacio creciente. En mi opinión, hay otra cuestión que he mencionado en la que radica buena parte de la propuesta política para este período: además de manos, además de esfuerzo, además de todo el apoyo, digamos, incluso logístico... detrás de todo eso buena parte de las organizaciones políticas tienen que volcarse en ese apoyo. Pero, además, tienen que ser capaces de abrir los debates necesarios para el periodo. Se trata de debates relevantes, donde es muy importante esa aportación desde las organizaciones, porque arrastra toda la tradición y toda la capacidad de llevar muchísimo tiempo pensando en términos estratégicos. En muchos casos a los movimientos sociales actuales les cuesta esto, creo que, por un motivo concreto, porque esta cuestión está muy asociada a la propuesta política. Y hay una herencia de décadas en las que lo político y lo social -digamos- que casi funcionan como un cordón sanitario, porque estamos en retroceso, porque venimos de la herencia de una enorme derrota y cuando uno está derrotado tiende a defender su agujerito y a que no me machaquen del todo. Ya estoy derrotado, pero no quiero por lo menos dejar de existir. Así que, intentar defender este agujero aparte de fuerzas políticas que están en deriva por una larga historia, particularmente en el Estado español, fue todo lo que ha venido después de la Transición. Sin embargo, esos debates no pueden ser hegemonizados por las fuerzas políticas, y un buen trabajo imprescindible como propuesta política es que seamos capaces de abrir estos debates con los movimientos sociales y en los movimientos sociales.

Hay dos debates fundamentales ahora mismo. Uno, que planteaba de manera colateral Emilio, es la cuestión de la capacidad de organizarse un movimiento social. Esta capacidad de organizarse está en ciernes. Ahora estamos en un punto en el que, como le pasaba al feminismo hace dos, tres, cuatro años, en que había 10 mil mujeres, pero iba para arriba,

con lo que fuera. Pero ojo, porque el feminismo había ido preparando específicamente desde hace muchos años el 8M como un elemento central. Aquí hay raíces ecologistas solventes, con una larga historia y solidez. Pero es verdad que en las movilizaciones concretas estamos viendo que volvemos a improvisar mucho más, y probablemente, si seguimos así, ese impulso genérico no va a bastar. Habrá que ser capaces de construir organizaciones mucho más solventes. Entre otras cosas, hace falta ir orientando las organizaciones hacia una cuestión, y esto también de alguna manera también lo mencionaba Emilio, el ser capaces de tener una propuesta alternativa realmente antagonista; es decir, recuperar ese papel que ha tenido la izquierda política social históricamente. Otro modelo social tiene que venir alimentado por ahí.

Eso plantea una tercera pata que es fundamental: el movimiento tiene que asumir que va a dejar de ser el centro del programa ecologista, el centro de la actividad ecologista, con lo cual puede ser muy irónico. Es decir, pensar o plantear que, en el momento en el que el ecologismo puede ser una propuesta antagonista para el marco social, es cuando el ecologismo orgánico pierde la centralidad. Puede resultar muy irónico, pero en realidad es el proceso natural. Cuando vienes de trabajar, como decía antes, para pequeñas minorías ilustradas, si lo que planteas es un gran acuerdo social para salir de ese marco político y empezar a tener un escenario de transición conjunta, entonces las organizaciones ecologistas meramente como tales no valen. Tienen que estar ahí las posiciones ecologistas, pero tienen que estar ahí también las de vecinos, tienen que estar ahí los sindicatos, un elemento clave que, por cierto, sólo se puede reactivar si toca este tipo de temas. El sindicalismo que se dedique meramente a seguir defendiendo puesto a puesto en cada conflicto laboral no va a sacar absolutamente nada, más que su propio agotamiento. En este mismo sentido, a nivel de propuesta política, se trata de configurar ya no un ecologismo fuerte, sino un sujeto de clase, un sujeto de clases populares, un sujeto de mayorías que tenga un horizonte ecosocialista de transformación. Solo no vale. Sí vale un pueblo de izquierdas organizado en torno a un horizonte de transformación ecosocialista.

### **3ª pregunta: Y entonces ¿mañana qué? ¿Qué hacemos desde la ciudadanía desde los movimientos sociales? ¿Qué está en nuestras manos?**

Juanjo Álvarez: Creo que tenemos que asumir la derrota. Una cosa es entender, comprender la derrota y hacer un buen análisis de tu escenario. Y otra cosa es, como en el poema de Koldo Rodríguez, "podemos estar en derrota, nunca en doma". Tú vas soltando por ahí cada cosa que yo... Vamos a ver, propones un proyecto político que no sea demasiado ajeno. Pero, ¿cómo masticas un proyecto político transformador en términos psicosociales, que no sea demasiado ajeno a la cultura neoliberal? Emilio, entonces vamos a seguir hablando de la salud, por ejemplo. Pero estamos hablando de otras cosas. Lo primero, a ver si está bastante claro, y hacemos una selección de lo peor de nuestra derrota. Los datos de movilización que señalas no son datos que sean significativos de la movilización reciente. Son significativos de la caducidad de un modelo de movilización, que es el modelo de la clásica central sindical que convoca, que no sé a cuántos... ¡Claro! Efectivamente. ¿Cuándo fue la última huelga general? Pregúntale a Toxo y compañía. ¡Claro! Es que no quieren ni convocarla. Por eso, si tú buscas ese dato, la verdad es que



estamos en la mierda; pero no estamos en la mierda. El nivel de movilización popular ha cambiado y es absolutamente diferente. Es decir, vas al 8M, y tienes un montón. ¡Claro! El 8M fue una gran movilización. Me acuerdo del colega de Zamora que hablaba de 7 000, y estaba flipando; 7 000 en la plaza. Esto no se ha visto en la puñetera vida. Eso no es un cambio. Pasa un poco lo mismo con Rendueles, que es el mejor marxista vivo en el Estado español. Le gusta polemizar gratuitamente más que a un tonto un lápiz y, a veces, suelta este tipo de cosas: en las sociedades neoliberales la experiencia social más intensa que tenemos es hacer cola en el súper. A mí me encanta y me hace mucha gracia, pero eso no es cierto, no es cierto. Pero engancha por ahí con algunas de las cuestiones que se plantean en propuestas de autolimitarse constantemente. La sociedad civil es más viva de lo que creemos.

Partimos, además, de que el neoliberalismo ha colonizado no sólo los esquemas materiales, no sólo la materialidad de la vida, sino que también, al colonizar la materialidad de la vida, ha colonizado la mayor parte de las prácticas, hábitos, etc. Por lo tanto, ha hecho una colonización ideológica del marco de lo social. Eso es cierto, pero no funciona al 100 por ciento. Voy a poner un ejemplo evidente: en el parque del cole de mi crío nunca estamos todas las papás y todas las mamás. ¿Por qué? Porque no hace falta. Voy a la compra. Nosequé, recógeme, llévame y tal. Eso son prácticas comunitarias que siguen vivas, siguen vivas como el del tercero de mi casa que se lleva a la del primero al médico, porque tiene 80 años y su hijo vive muy lejos. Entonces él le acerca a la compra o la lleva a médico y no pasa nada. Voy a poner un ejemplo incluso más contracultural en términos de neoliberalismo: En este marco de competitividad generalizada, de sociedades muy masivas, de desapego social, destructor de los elementos comunitarios, ahora mismo en mi oficina (trabajo en función pública), ha crecido muy rápido el trabajo, y ello ha supuesto una incorporación enorme de interinos. El 99 por ciento de los casos son interinos gente que ya han intentado la oposición, han pasado algún examen, no lo han sacado, pero les están llamando, siguen preparando su oposición, porque si están ahí es porque les ha ido medio bien. Esperan a la segunda... Están compitiendo por su curro y, por cierto, no está la cosa como para regalar curros. Pero, mientras, todos comparten toda la información y comparten todos los temarios; han hecho un excel común en el que van poniendo sus notas, de manera que, más o menos, ya saben todos cómo van.

Ese tipo de prácticas están ahí. A mí me alucina, porque a veces pensamos que los elementos contraculturales dentro del neoliberalismo -y creo que ahí tenemos razón- son o somos las ecologistas poniendo tomateras en macetas. Ahí se nos ha ido un poco la olla. En ocasiones hemos pensado que hacer cosicas en la esquina de nuestro barrio era la revolución. No es la revolución, correcto, pero hay muchos elementos sobre los que trabajar. Creo que buena parte de nuestra propuesta debe centrarse en activar este tipo de acciones. Claro que queremos colocar nuestros libros, no nuestros libros, en el sentido de autoría, sino nuestra propuesta política en elementos mayoritarios. Estaba el otro día acabando un texto en el que decía que necesitamos algo así como -y creo que es factible- una especie de contracultura, de transición que sea, al mismo tiempo, contracultural, como lo fue el punk británico en los 80, pero con una evocación masiva, como si quisiéramos hacer Operación Triunfo, ¿no? Esa es la mezcla. Esa es la mezcla a la que aspiramos. Pero aspirar a eso exige tocar sobre los elementos comunes que transforman.

¿Cuál es el elemento más conflictivo de todo esto? El elemento conflictivo se sitúa respecto a la capacidad de movilización social, de transformación social interna. No hablo de una manifestación o de un ataque, sino hablo de la capacidad de volver a reorganizarse comunitariamente en torno a un proyecto más o menos compartido y amplio. Y ojo, que esto es problemático, pero es que ya lo fue, siempre lo ha sido, y a veces se nos va un poco... Medimos mal la dimensión de los desafíos que hay por delante, porque los miramos demasiado de cerca. Si los miras un poco más abierto, cambia la perspectiva. En el primer tercio del siglo XX en el Estado español hubo una revolución social que estuvo cerca de ser triunfante, que acumuló muchísima fuerza. ¿Acaso no tuvo los desafíos que tenemos ahora? Tuvo que enfrentar grandes desafíos, y se mojó. Fue un movimiento hegemonizado políticamente por la ideología libertaria y por las organizaciones libertarias, y fue capaz de llamar a apoyar al Frente Popular. Es decir, por supuesto que se mojó. Por supuesto, entró en contradicciones. Por supuesto que asumió que una dialéctica es conflictiva. Claro que sí, y eso lo tenemos que hacer ahora.

Del periodo reciente una de las lecciones importantes muy, muy importantes, es la de la automoderación que planteabas. Es decir, no podemos estudiar un proyecto político que sea demasiado diferente de lo que tenemos ahora, porque entiendo que lo que planteas va a sonar como una marcianada. Nadie se lo va a creer. No podemos construir un orden social diferente sobre eso. Pero probablemente la automoderación se ha convertido en la vía de la minorización. ¿Por qué? Primero, porque si te crees que vas a ganar, defiendes tu propuesta, no vas reculando. Yo nunca he visto un boxeador que vaya ganando reculando hacia al rincón. Eso no suele suceder. Tienes que ir hacia adelante. Tienes que ser capaz de realizar un proceso antagonista, y en torno a eso vincular las mayorías. Históricamente siempre ha sido así.

En segundo lugar, esa articulación, ese horizonte transformador, tiene que estar en el inicio, porque lo que sí es cierto es que hay una serie de inercias sociales, y si las asumes para discutir con ellas, tienes que asumirlas también para construir tu propia propuesta. Es decir, yo no puedo plantear que salgo de algo en un escenario social tan distinto que no puedo dar un giro y, sin embargo, remitir a un posterior giro en un momento de conflicto. El conflicto es asumir el conflicto ahora; esa es la cuestión de la coyuntura. Y en esas jugamos. Es decir, jugamos sobre la primera vez. El primer momento. Y puede que, para muchas de nuestras sociedades, sea el último en el que hay una coyuntura muy agresiva, pero hay una posibilidad de intervenir con unas opciones socialmente masivas. Y ahí tú puedes empezar a decir y hacer propuestas amplias, que tienen que ver con la lógica de la producción, fundamentalmente, que tienen que ver con la incorporación del trabajo reproductivo, el trabajo no mercantil al cómputo del trabajo a nivel social, pues no podemos seguir pensando que trabajar sólo es trabajo asalariado, ¿no? Todas las tareas que se desempeñan para cubrir las necesidades productivas y reproductivas. Y eso empieza a sonar medio razonable. Sobre eso podemos empezar a abrir un marco de producción enorme. Tenemos el ejemplo de, la España vaciada, que se repite ahora como un eslogan constante. España se ha venido haciendo durante tiempo. ¿Cuál es el problema? Que durante largo tiempo el neoliberalismo y sus estructuras internacionales y estatales también han regado de dinero el campo; se ha dedicado a construir ese escenario de reproducción de valor, en el cual repartir migajas, pero repartir cosas. En ese escenario de crisis tenemos que ser capaces de tener una propuesta concreta. Territorialicemos. Renovables sí, pero

además a nivel territorial, y por mancomunidades. Y eso implica a las instituciones, obligándolas a funcionar con esquemas de democracia que están perfectamente desarrollados desde hace mucho tiempo, en muchos casos. Además, tampoco hace falta tanta innovación. Lo que necesitamos es articular desde ese tipo de instituciones y asumir la dosis de tensión, la coyuntura a la que nos vamos a ver obligadas. Ese es el programa de transformación.